

# JESUCRISTO, ¿ERA REVOLUCIONARIO?

Hace unos años se publicaban libros sobre la Teología de la Guerra. Eso era hace sólo cuarenta años, en tiempo del Papa Pío XI.

Años después —en tiempo de nuestra República— se publicó en España una Teología de la Rebelión (se titulaba *El Derecho a la Rebelión*) por un famoso canónigo monárquico.

Ahora estamos hablando constantemente de Teología de la Revolución, y son muchos los teólogos progresistas que excediendo la guerra entre las naciones de cualquier clase que sea ésta, sin embargo, propugnan ahora otro género de violencia armada entre hermanos bajo el mismo techo nacional.

Ahora, en cambio, esta Teología de la Revolución se está convirtiendo en una teología mucho más general: la Teología de la Violencia.

Pero cansados muchos de estos vaivenes violentos de la teología de las realidades terrenas, empiezan ya a construir otra nueva teología: la Teología de la No-violencia. Y estas teologías de la no-violencia están empezando a dar pasos progresivos desde la defensa de la objeción de conciencia, hasta una apología religiosa de los métodos no-violentos para transformar la sociedad y sus instituciones.

La verdad es que un espectador imparcial se queda perplejo ante estos procesos tan radicales e incoherentes ocurridos sólo en cincuenta años, dentro de la reflexión de los pensadores católicos. Y se encuentra uno desconcertado ante una teología que puede ir, en tan pocos años, de blanco a negro, pasando por todos los colores intermedios, y defendiendo cada una de estas variables posturas con razones aparentemente apodícticas.

La conclusión que uno empieza a sacar es que la teología no es una ciencia —como ya pensaron en el Medievo San Buenaventura y el Beato Duns Escoto—, sino una reflexión con aparente estructura científica; pero, en el fondo, careciendo de unas bases y un método que dé la seguridad sistemática que produce la ciencia actual de carácter profano.

Opino que hubiese sido mucho más noble haber pensado que los cristianos adoptan distintas posturas plurales por razones subjetivas que les parecen válidas, pero, sin base objetiva suficiente. Un cierto escepticismo teológico hubiese venido muy bien, porque hubiera evitado canonizar la postura guerrera, o rebelde, o revolucionaria, o no-violenta por motivos religiosos, y los hombres creyentes hubiésemos tenido que ser más serios, al tomar nuestras decisiones sobre los métodos violentos, utilizando los datos de la ciencia social y de la ciencia psicológica en vez de los desorientadores consejos bajo la capa de una ética religiosa absoluta.

Este fenómeno no es nada más que un fenómeno de infantilismo que debe ser superado por todo creyente, volviéndose más riguroso consigo mismo al aceptar cualquier tipo de responsabilidad en el mundo o con la sociedad.

La estructura sociológica, física o psicológica del mundo de los hombres no se contiene en la Revelación, y mucho menos todavía en las reflexiones humanas de los eclesiásticos de laboratorio, llamados teólogos de las realidades terrenas.

El cristianismo es un sentido último para la vida, pero ahora empezamos a comprender que no suministra ningún tipo de receta para los problemas del hombre y de la sociedad actual. Porque «si Marx y sus continuadores han forjado una doctrina económica, social y política, en cambio, nosotros los cristianos no tenemos nada análogo en el Evangelio... Los católicos pertenecemos a una Iglesia que renuncia a dogmatizar sobre las cosas terrenas, a las cuales les reconoce la justa autonomía que tienen; yo, como católico, me encuentro libre en la comprobación de los datos humanos y en las interpretaciones que haga tanto de la lucha de clases como del desarrollo de la sociedad» (Gabriel Marc, presidente de la Aclón Católica de Medios Independientes, en la Semana de Pensamiento Marxista, enero 1972).

Lo que ocurre es que nuestras decisiones humanas sobre el hombre y la sociedad las cubrimos con el manto de lo religioso «a posteriori», engañando a los demás y a nosotros mismos con esta «racionalización» que efectuamos de nuestros criterios humanos sobre el mundo.

El mundo, y el conocimiento y deseos que tenemos respecto a él, son quienes nos dirigen, pero no nos conformamos con reconocerlo así, sino que encima tenemos que suministrar razones religiosas que se acumulan unas a otras para justificar esta postura nuestra, que es previa a estas razones aparentemente cristianas. Pero una vez en posesión de estas aparentes razones echamos en cara a los demás su falta de cristianismo por no adoptar la misma postura que nosotros. O lo que es más grave: cristianos que parecen tener la misma buena fe adoptan respecto al mundo —y por motivos religiosos, según dicen— posturas antagónicas y que, a un espectador imparcial, le parecen producto de una concepción feudalista de la vida y de la sociedad, pero no están en consonancia con las relaciones humanas necesarias en una sociedad industrial avanzada.

Podríamos —desde nuestra postura de espectadores— analizar la mentalidad de estos católicos opuestos entre sí, y veríamos que unos son nazis, otros demócratas convencidos, otros pacifistas, otros deseosos de coger el tren de la última novedad social, otros oportunistas para seguir dominando el mundo nuevo que se avecina, pero nunca la clave se encuentra en lo religioso cristiano, sino en su mentalidad humana.

Por eso, pretender, como hizo Ernesto Renan en el siglo pasado, describir un Cristo sentimental, tímido y casi afeminado, resulta tan incongruente como lo que pretenden ciertos católicos ultra-conservadores diciendo que Jesús es el primer fanático de la Humanidad.

Porque esta última calificación todavía no la había oído yo hasta hace unos pocos días en que, dando una conferencia para los educadores que son miembros de la Asociación para la Formación Social, un misionero de América del Sur nos sorprendió a todos en el coloquio diciendo con gran satisfacción que Jesucristo había sido el gran fanático, y que este era el ejemplo que debíamos seguir todos para arreglar el mundo actual.

Sin embargo, el profesor Oscar Cullmann acaba de publicar un pequeño libro titulado «Jesús y los Revolucionarios de su Tiempo», en donde hace un análisis penetrante de la actitud de Jesús en medio de las violencias usuales de su tiempo. Y esta actitud es la de una personalidad recia, pero al mismo tiempo partidaria de los medios humanos no-violentos en general, aunque sin proponerse ningún programa revolucionario para cambiar las instituciones sociales de su tiempo.

¿Por qué?, por la siempre razón de que Jesús, en cuanto hombre fue un individuo de su época y de su cultura, y no un ser a-crónico (fuera de su tiempo y de todo tiempo), y no podía, en sus actitudes humanas, ser otra cosa que un hombre dentro de una cultura artesanal y rural, que no se planteaba el problema de la reforma o revolución de las estructuras de la sociedad.

Jesús estuvo rodeado de rebeldes, de violentos y de pacíficos. La prueba está que el Apóstol Simón era un zelote, o sea, un rebelde religioso que quería destruir violentamente el sacerdocio y el templo, tal como se concebían en aquella época. Pedro Barjona, significaba Pedro el terrorista, y Judas Iscariote, era Judas el sicario, o sea, el que llevaba siempre el cuchillo dispuesto a hacer cualquier gesto violento contra el ocupante romano. Pero Jesús calmó el celo violento de los unos, y los medios físicamente violentos de los otros, haciendo envainar la espada a Pedro cuanto quería defenderle en el huerto de los Olivos.

Y, sin embargo, lo más curioso es que Jesús fue crucificado, y este suplicio romano se aplicaba sobre todo a los crimenes políticos; lo cual quiere decir que, a pesar de su postura en general no-violenta, fue interpretado como un subversivo, igual que les pasa hoy en el mundo a muchos pacíficos objetores de conciencia contra el servicio militar armado.

Y en nada se oponen a esto la escena de Jesús expulsando a los mercaderes del templo con el látigo, ya que probablemente este fue un hecho sin más importancia de enfrentamiento de Jesús con estos comerciantes de lo religioso, descrito después por los cristianos que recogieron este dato en forma dramática y exagerada, muy de acuerdo con la imaginación oriental que nunca describe los hechos objetivamente, sino imaginativamente, para que se graben fuertemente en nuestra memoria. Así lo afirma el investigador Goguel, el escriturista Lohmeyer y el primer gran pensador de los primeros siglos cristianos Orígenes.

Lo que yo creo es que Jesucristo fue el primer fautor de la Revolución Cultural, porque las drásticas paradojas de su vida y de su palabra hicieron un impacto verdaderamente notable y decisivo en los hombres de su tiempo y en los de los veinte siglos de historia del cristianismo. La lástima es que sus seguidores oficiales, los que llevaban el marchamo de cristianos, olvidaron demasiadas veces el ejemplo de su Maestro por seguir las ideas y costumbres de su época, y, además, les quisieron canonizar.

Y no olvidemos la ingenuidad de revolucionarios y de pacifistas, la mayoría de los cuales piensan que por un procedimiento, o por lo contrario, la transformación radical de la sociedad se hará por el simple cambio de unas personas que sean quienes manden en lo religioso, en lo social o en lo humano. Pero esta transformación radical de la sociedad «no consiste en poner a una nueva clase con los mandos de la anticuada máquina de las instituciones sociales, sino en hacer una transformación total de la antigua maquinaria social y dirigir la sociedad con la ayuda de una nueva estructura» (Lenine, por Nina Gourfinkel, Ed. Senil, París).

Y esta estructura nueva la dará la ciencia social, pero no la pseudociencia teológica de las realidades terrenas.

MIRELL MAGDALENA